

El género de la historia

El género de la historia

Hombres, mujeres y práctica histórica

Bonnie G. Smith

Traducción de María Teresa D'Meza
y Rodrigo Molina-Zavalía

Universidad Nacional de Quilmes

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Bernal, 2022

Colección Géneros

Dirigida por Dora Barrancos

Smith, Bonnie G.

El género de la historia: hombres, mujeres y práctica histórica / Bonnie G. Smith. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2021.

394 p.; 20 x 14 cm. - (Géneros / Dora Barrancos)

Traducción de: María Teresa D'Meza; Rodrigo Molina-Zavalía.
ISBN 978-987-558-747-2

1. Historia. 2. Estudios de Género. 3. Mujeres. I. D'Meza, María Teresa, trad. II. Molina-Zavalía, Rodrigo, trad. III. Título. CDD 907.2

Ilustración de tapa: *Un palco en el teatro de los italianos* (1894), de la pintora impresionista Eva Gonzalès (París, 1849-1883). Óleo sobre lienzo, 98 cm x 130 cm

Traducción del inglés: María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía

The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice by Bonnie G. Smith
Copyright © 1998 by the President and Fellows of Harvard College

Esta edición se publica bajo acuerdo con Harvard University Press a través de International Editors' Co.

© Universidad Nacional de Quilmes, 2022

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-747-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Agradecimientos. 11

Introducción. El género y el espejo de la historia 15

1. La ruta narcótica hacia el pasado 35

2. El nacimiento de los amateurs 73

3. ¿Qué es un historiador?. 125

4. Las prácticas de la historia científica. 173

5. Hombres y hechos 217

6. Alto amateurismo y el pasado panorámico 257

7. Mujeres profesionales. ¿Un tercer sexo? 299

8. Modernismo, relativismo y vida cotidiana. 341

Índice de nombres 381

Para Natalie Zemon Davis y Donald R. Kelley

Agradecimientos

Tras asistir a una presentación oral de la sección de este libro que trata el tema de las fantasías de los historiadores varones, David Schalk, del Vassar College, contó que en una ocasión había tenido una visión en la cual Clío caía en picada hacia él y le predecía que nunca se convertiría en académico. Muchos años antes de esta confesión, David me había obsequiado dos volúmenes cuya autora era Lucy Maynard Salmon, una figura destacada en estas páginas. Debido al tiempo prolongado que me ha tomado concluir *El género de la historia*, generosos colegas tales como David han contado con la oportunidad de realizar maravillosas contribuciones durante casi dos décadas.

Tanto los estudiantes como los claustros de profesores en Rutgers y en la Universidad de Rochester brindaron muchísimas ideas y fueron colegas extraordinarios. En particular, agradezco a Mary Young, Stewart Weaver, Bette London, Brenda Meehan, Thomas DiPiero y Lynn Gordon por compartir su trabajo y hacerle meditaciones críticas al mío. Los colegas en Rutgers están a la vanguardia de la investigación en el campo del género, y muchos de ellos merecen mi gratitud por su apoyo personal e intelectual, en especial Suzanne Lebsock, Alice Kessler-Harris, Dee Garrison, John Gillis, Jennifer Jones, Belinda Davis, Deborah White, Barbara Balliet y Mary Hartman. Los estudiantes graduados de ambas instituciones fueron críticos importantes. Entre ellos, Todd Shepard contribuyó también en la investigación; Tamara Matheson y Scott Glotzer ayudaron con los detalles finales.

Mientras este libro estaba siendo escrito, algunos colegas de otras instituciones opinaron de diversas maneras acerca de sus avances.

Quiero agradecer en particular a mis compañeros de 1992-1993 del Shelby Cullum Davis Center y al cuerpo docente del Departamento de Historia de Princeton, especialmente a Elizabeth Lunbeck, Peter Brown, Christine Stansell, Philip Nord y Suzanne Marchand por su apoyo y desinteresada ayuda.

Ann-Louise Shapiro, Jo Burr Margadant, Isabel Hull, Stephen Kaplan, Joan Scott y Elizabeth Faue me aportaron agudos y extensos comentarios sobre varios segmentos. Beate Popkin me sugirió el tema de los chicos y las peleas; Margaret Higonnet me alertó sobre las complejidades en Madame de Staël; y Judith Bennet, sobre las mujeres medievalistas. Mis argumentos se aguzaron a través del intercambio de puntos de vista con colegas europeas, entre quienes incluyo a Gisela Bock, Maria Grever, Mineke Bosch, Francisca de Haan, Josine Blok, Berteke Waaldijk, Janet Sondheimer, Constance Blackwell y Christiane Klapisch. El American Council of Learned Societies, el National Humanities Center y la John Simon Guggenheim Foundation me otorgaron becas fundamentales.

Algunas partes de este libro habían sido publicadas previamente, en formas algo diferentes, por la *American Historical Review*, *French Historical Studies*, *History and Theory*, el *History of Education Quarterly* y Brepols, S.A. (Bélgica).

La edición experta del manuscrito estuvo a cargo de Joyce Seltzer y Maria Ascher de la Harvard University Press. Estoy sumamente agradecida por su aliento, por las muchas mejoras que introdujeron en el texto y por las numerosas ideas que propusieron. Joyce Seltzer además halló dos críticos anónimos, cuyos comentarios resultaron inestimables.

Agradezco a Susan Kingsley Kent, Karen Ordahl Kupperman y Joel J. Kupperman por ideas que dieron forma a secciones específicas. Más allá de eso, saben cuánto aprecio a cada uno y a su amistad. Honoré Sharrer y Perez Zagorin, amigos leales y cálidos compañeros, me impulsaron para que diera al manuscrito su forma final. Patience H. Smith contribuyó con una perspicaz mirada acerca del material relacionado con el trauma y la escritura. Ella, John R. Kelley y Patrick W.

Smith han apoyado mi trabajo más allá de lo que alguien tiene derecho a esperar, incluso de su propia familia.

Este libro se plasmó en mi mente mientras presenciaba diálogos acerca de la historiografía a lo largo de varias décadas. A comienzos de los años setenta, Natalie Zemon Davis dictó una conferencia pionera sobre las mujeres historiadoras y algunos de los hombres que las apoyaban. Desde entonces, su talento para el compromiso dialógico ha hecho avanzar la generización de la historiografía, a la par que han progresado mucho otros conocimientos históricos. Haber escuchado la discusión en torno a la historiografía entre Natalie Davis y Donald R. Kelley ha sido una fuente adicional de apreciación dialógica. Y aun en otro diálogo, Donald Kelley brindó apoyo infinito, copiosa información y pacientes correcciones a los detalles historiográficos aquí presentados. En ese espíritu de diálogo y como símbolo de mi gratitud por la inspiración brindada, este libro lleva una dedicatoria doble.

Introducción

El género y el espejo de la historia

No tomo partido... ¿por qué? Porque en la historia no veo otra cosa que historia.

LUCIEN FEBVRE, *Combats pour l'histoire*

[*Combates por la historia*]

Este libro introduce el término “género” en el relato de la historiografía en el mundo occidental.¹ Propone que el desarrollo de la metodología científica moderna, de la epistemología, de la práctica profesional y de la escritura ha estado íntimamente ligado a la evolución de las definiciones de masculinidad y femineidad. Al hacerlo, parece ir a contracorriente del profesionalismo en sí: durante más de ciento cincuenta años los historiadores se han congratulado por la manera en la cual su formación les ha permitido superar las contingencias de las creencias religiosas, la nacionalidad, la clase social, la raza, la etnicidad y el género a través de una escrupulosa adhesión al método científico. Cuando aun así aparecen los preconceptos personales, los historiadores los identifican y corrigen con el fin de alcanzar, en la medida de sus posibilidades, una ciencia imparcial. Aunque sus vidas pueden estar muy influenciadas por cuestiones de género, la metodología viene en su ayuda para aproximarse, tanto como sea humanamente posible, a una verdad histórica no determinada por el género. Solo una mala historia se esforzaría en promover una versión del pasado religiosa, racial o de clase que se opusiera a las evidencias sobre las que existen consensos.

¹ Mi exposición sobre el género a lo largo de este libro se inspira en Scott, Joan Wallach, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.

Los cambios producidos en la profesión desde los comienzos de la década de 1970 se han basado en estas convicciones. Formados en métodos científicos, los historiadores, tanto de las mujeres como de los afrodescendientes, han asumido que su formación académica por fin encajaría en el campo de la historia como un todo. Sus hallazgos completan el cuadro al hacer que la formación académica del pasado finalmente sea verídica dado que se torna más completa y se actualiza. Por supuesto, muchos además creyeron que elementos tales como la periodización se transformarían en la medida en que temas relevantes para las mujeres desplazarán los acontecimientos masculinos, y supusieron que el elenco de los personajes históricos y muchas interpretaciones tradicionales también se verían alterados. Se creyó, sin embargo, que la racionalidad y la ecuanimidad de la profesión acabarían por permitir que los hallazgos de la historia de las mujeres y los logros de las historiadoras ejercieran su plena influencia en la academia y hallaran dignidad en ella. Mientras tanto, algunos historiadores varones dieron la bienvenida al surgimiento y al desarrollo de la historia de las mujeres y, más adelante, a la historia del género, como una corrección del rumbo.² Cuando a mediados de los años ochenta un prominente historiador social expresó que la investigación histórica en torno a las mujeres había ido demasiado lejos y que debería parar, lo hizo en el convencimiento de que la pretensión de ecuanimidad de la historia podría verse invalidada por un exceso de informaciones de ese tipo. Se afirmó que la historia de las mujeres y de los afrodescendientes politizaría el campo. O que la característica de esas subdisciplinas –ser “sensual”, “a la moda” y “candente”– podría comprometer el valor de verdad de la historia real al exponerla a influencias (tales como la ideología y las desenfrenadas fuerzas del mercado) que obraban por fuera de los estándares profesionales para los asuntos de importancia.³

² Stone, Lawrence, “Only Women”, *New York Review of Books*, N° 32, 11 de abril de 1985, p. 21, estableció con entusiasmo las reglas para el nuevo campo.

³ Novick, Peter, *That Noble Dream: The “Objectivity Question” and the American Historical Profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

Sostenemos estas convicciones porque confiamos en el espejo de la historia, una metáfora que desde hace tiempo representa el modo en que los estudiosos en Occidente conciben la verdad histórica. Apuntado hacia el pasado, el espejo supuestamente refleja acontecimientos pretéritos con mayor precisión que cualquier otro instrumento o herramienta, ya que no muestra nada fantástico o imaginario. Al mismo tiempo que refleja fielmente el pasado, el espejo también exhibe imágenes pasajeras y brinda una sensación de cambio y movimiento. El espejo es además un tema relevante para el sujeto racional moderno, cuyo autoanálisis es el primer paso hacia la comprensión y hacia la construcción de una mentalidad científica exenta de preconcepciones. Como resultado del autoconocimiento, de sus propios prejuicios y sus faltas, el historiador se encuentra mejor equipado para analizar los objetos históricos que aparecen en el espejo.⁴ Este tema contiene otros aspectos, en especial la idea hegeliana acerca de que una verdad más elevada solo se alcanza con la deliberada transcendencia de la relación entre el sujeto cognoscente y el objeto de escrutinio. El resultado, como Lucien Febvre sostiene cuando declara que en la historia no ve más que historia, es que la figura del historiador individual se espiritualiza y se vuelve invisible. Su yo, que incluye preconcepciones y preferencias, desaparece del espejo junto con las imperfectas minucias del objeto reflejado, para ser reemplazado por una visión “verdadera” de la realidad histórica contada por un narrador invisible y omnisciente.

En la iconografía occidental, el sujeto cognoscente –junto con los objetos históricamente relevantes cuyo análisis el espejo ofrece– casi siempre es un varón, lo que añade complejidad a una imagen en apariencia simple. Cuando nos representamos a un gran historiador, de

⁴ Para un resumen de esta postura, véase Gasché, Rodolphe, *The Tain of the Mirror: Derrida and the Philosophy of Reflection*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, pp. 13-34. Muchos estudiosos han empleado el *topos*; por ejemplo, Hartog, François, *The Mirror of Herodotus: The Representation of Others in the Writing of History*, trad. Janet Lloyd, Berkeley, University of California Press, 1988 [edición original: *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, Gallimard, 1980]; *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003].

manera instintiva nos imaginamos que es un varón; aceptamos con naturalidad títulos tales como *The History Men* (nombre de un libro reciente de historiografía), por cuanto la profesionalización y la ciencia histórica se desarrollaron en una época de ámbitos separados, cuando las mujeres de clase media llevaban una vida predominantemente doméstica.⁵ Es así que, como se ha dicho, por razones que la historia puede explicar, la profesión era virtualmente un monopolio masculino. Solo los hombres tenían tiempo para involucrarse en las actividades (investigación en archivos, enseñanza en las universidades) de las cuales dependió la fundación de la historia profesional. El sentido común histórico también debería explicar por qué muchas de las historias mejor conceptuadas giraban en torno a los hombres: al enfocarse en la historia política, la historia profesional naturalmente escogería como objeto de estudio a los grandes hombres. Es más, el Estado nación, que inspiró y financió tanto de la nueva ciencia histórica, en esa época otorgó plenos derechos de ciudadanía solo a los hombres. Serían evidentemente ellos, pues, quienes con toda probabilidad defenderían su propia narración de esa ciencia. La historia, como sostuvo Jack Hexter hace cerca de cincuenta años, “ha sido mayoritariamente un asunto de muchachotes”, de género masculino por tradición, accidente o circunstancias.⁶ Según este punto de vista, poco puede ganarse si se observa la historiografía y la práctica histórica desde una perspectiva de género.

Permítasenos, no obstante, considerar otra imagen en el espejo de la historia. Cada vez que la persona ante un espejo ha sido una mujer, la mirada de sí misma se ha presentado como repetitiva, incluso obsesiva, e indicativa de vanidad o de amor al lujo, lo que connota el aspecto sensual en vez del racional. El espejo iconográfico en el caso de las mujeres ha obturado la hondura reflexiva y ha producido solo superficialidad, un cambio drástico en la labor de significación del espejo. Tan obse-

sionadas con la superficie, las mujeres han sido consideradas incapaces de alcanzar la necesaria profundidad ya sea para la historia o el conocimiento de sí mismas. Ocupan el peldaño más bajo de la escalera de los seres cognitivos, sin duda pobres practicantes, como de ordinario han sido llamadas muchas historiadoras amateurs, incluso por las propias mujeres profesionales. Por un lado, el espejo puede producir reflejos de la realidad universalmente verdaderos, relevantes y objetivos, pero, por el otro, ha funcionado tradicionalmente mejor si el observador es varón. Podríamos argumentar que esas imágenes del espejo tan a menudo evocadas son meramente metafóricas; pero la historización de la metáfora muestra que durante siglos ha tenido una fuerza no solo decorativa sino explicativa. Los calificativos “sensual”, “a la moda” y “candente”, usados para designar la mala historia (o la historia de los negros y la de las mujeres), son tan ricos como eficaces en lo que al género concierne y forman parte de una larga tradición que imagina la tarea del historiador de manera generizada. Por tanto, dado que el espejo de la historia se resiste a algunos esfuerzos por alcanzar la neutralidad de género, sus múltiples imágenes de la relación del género con las prácticas profesionales y con la ciencia histórica son suficientemente sugerentes como para merecer mayor exploración, aunque no sea más que para dejar sentado el estado de las cosas.

Insertados en estas imágenes preliminares de superficialidad y profundidad, de verdad con óptica masculina versus verdad universal, lo metafórico y lo real son algunas de las trabas históricas a las cuales hemos dedicado poca atención puesto que automáticamente favorecemos la “profundidad” en nuestros estudios académicos y esperamos brindar relatos “reales” y “verdad universal”. De manera concomitante, rechazamos tener como objetivos propios lo superficial, lo generizado o lo metafórico. Muchas disciplinas comparten la pretensión de la historia de alcanzar la verdad universal o la belleza, pudiendo ser verificada cualquiera de ellas por un conjunto riguroso de estándares que se hallan más allá de contingencias tales como la raza, el género, la religión y los antecedentes étnicos. A pesar de que los genios musicales, científicos

⁵ Kenyon, John Philipps, *The History Men: The Historical Profession in England since the Renaissance*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983.

⁶ Hexter, Jack H., reseña de Beard, Mary, “Woman as Force in History”, *New York Times Book Review*, 17 de marzo de 1946, p. 5. Agradezco a Judith Zinsser por esta referencia.

y filosóficos, por ejemplo, casi siempre son hombres, su genialidad en definitiva trasciende cuestiones contingentes o insignificantes como el género para elevarse a la altura de la perspicacia filosófica o de lo sublime musical. Los grandes artistas y los filósofos son ante todo genios, y hombres solo por accidente.

No obstante, estudiosos de otras disciplinas están indagando esas pretensiones fundacionales a fin de comprender de qué modo sus campos están atravesados por concepciones de género. Las investigadoras feministas especializadas en música y en filosofía han estado entre las primeras en explorar el funcionamiento de esas pretensiones y han demostrado que el género opera inexorablemente, tanto en las obras más abstractas y figurativas como en los estándares aplicados para juzgarlas. Susan McClary ha comparado los elementos formales de la música que los críticos tratan como si fuesen “masculinos” y, por consiguiente, de alta calidad, con aquellos otros elementos considerados “femeninos” y, por ello, inferiores. Lo “masculino” en la sonata y en varias otras composiciones musicales es visto como una serie de frases ascendentes de notas que compiten para alcanzar una altura cada vez mayor hasta que la competencia acaba por completo. Suele considerarse que lo “femenino” es cualquier “disonancia de larga escala” que debe ser resuelta en una pieza.⁷ Londa Schiebinger ha señalado los mecanismos a través de los cuales la ciencia moderna en muchas ocasiones se reivindica imparcial, incluso cuando esta ha demostrado ser poco receptiva respecto de las mujeres científicas. Más aún, ha descrito las fantasías masculinas que operan al nombrar las especies animales y en la descripción del funcionamiento de las plantas.⁸ Ambas autoras demuestran que las preten-

siones de universalidad van acompañadas de la alta valoración de los hombres y la concomitante devaluación de las mujeres, es decir, estas han sido posibles gracias a la jerarquía entre los géneros.

La filósofa Michèle Le Doeuff ha diferenciado dos caminos hacia la masculinización del estudio filosófico, caminos que también podrían ser sugestivos para los historiadores.⁹ El primero involucra las metáforas con las cuales los filósofos han descrito sus sociedades perfectas y a través de las cuales han podido producir nuevas respuestas a los dilemas epistemológicos, ontológicos, estéticos y éticos. Estas metáforas de ordinario se hallan altamente generizadas, lo que significa que la vía hacia la verdad universal –aquello que a los genios-filósofos les permite pensar– es el sexo y el género. Le Doeuff no presenta ejemplos del modo en que el género actúa en cada avance teórico. No obstante, Andrea Nye piensa que las metáforas de la femineidad y la sexualidad han sido esenciales para los progresos de grandes lógicos, desde Parménides hasta Frege. La lógica no es una especie de abstracción matemática desprovista de contenido social; Nye demuestra, más bien, que la lógica se ha constituido históricamente a partir de un pensamiento generizado, un pensamiento sustentado en una jerarquía que privilegia a los hombres como intelectos y sexualiza a las mujeres.¹⁰

Le Doeuff elabora con más detalle el modo en que la jerarquía entre los géneros hace que la filosofía funcione intelectual y sociológicamente. *El ser y la nada* de Jean-Paul Sartre, ejemplo central en el libro de Le Doeuff, toma el cuerpo femenino como una imagen de todo aquello que es inauténtico, como la inmundicia de la naturaleza que los humanos deben trascender en la búsqueda de la verdad filosófica. “Existe la posibilidad de que el En-sí absorba al Para-sí [...] Lo viscoso es la revancha del En-sí [...] Revancha dulzona y femenina [...] Se me

⁷ Véase en especial McClary, Susan, *Feminine Endings: Music, Gender, and Sexuality*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1991; y McClary, Susan, “Narrative Agendas in ‘Absolute’ Music: Identity and Difference in Brahms’s Third Symphony”, en Solie, Ruth A. (ed.), *Musiology and Difference: Gender and Sexuality in Musical Scholarship*, Berkeley, University of California, 1993, pp. 326-344.

⁸ Schiebinger, Londa, *The Mind Has No Sex: Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge, Harvard University Press, 1989; y *Nature’s Body: Gender in the Making of Modern Science*, Boston, Beacon, 1993.

⁹ Le Doeuff, Michèle, *The Philosophical Imaginary*, trad. Colin Gordon, Londres, Athlone, 1989; e *Hipparchia’s Choice: An Essay Concerning Women, Philosophy, etc.*, trad. Trista Selous, Oxford, Blackwell, 1991.

¹⁰ Nye, Andrea, *Words of Power: A Feminist Reading of the History of Logic*, Nueva York, Routledge, 1990.

adhiera, me succiona [...] Es una actividad blanda, babosa y femenina de succión [...] En cierto sentido, hay una especie de docilidad suprema de lo poseído, una fidelidad perruna que se entrega a sí misma”.¹¹ Como este ejemplo muestra y Merleau-Ponty señala en detalle, Sartre pudo explicar el punto principal de la fenomenología solo como la obra de un sujeto masculino que necesita aniquilar la subjetividad femenina. Describió todo el proceso de autocreación en términos de la repugnancia en el encuentro sexual con una mujer.¹²

Según Le Doeuff, estos bocetos filosóficamente permitidos de superación del otro “repugnante” acompañaron la explotación de la compañera de Sartre, Simone de Beauvoir; una explotación constatada en muchos relatos de la relación entre ellos. En el período de estudiantes universitarios, los logros de ellos eran virtualmente idénticos. En la *agrégation* Sartre obtuvo el primer puesto y De Beauvoir el segundo, pero existen pruebas de que él anteriormente había desaprobado tantas veces los cursos que los examinadores se compadecieron de este hombre que de manera convincente se había promocionado a sí mismo como un genio. De Beauvoir, en cambio, concluyó el mismo arduo programa de estudios en dos años en vez de tres, y se ganó el apodo de “castor”^{*} que la acompañaría toda la vida debido al empeño y la dedicación puestos en el estudio de la filosofía. A lo largo de una vida compartida, Sartre insistía en decir a De Beauvoir y a otros que la mente de ella era muy inferior, pero que trabajaba con denuedo; al tiempo que se valía de ella para que pasara la mayor parte del día escribiendo sus proyectos.¹³

¹¹ Sartre, Jean-Paul, *L'Être et le Néant*, París, Gallimard, 1943, pp. 700-701, citado en Le Doeuff, M., *Hipparchia's Choice*, op. cit., pp. 80-81.

¹² Merleau-Ponty, Maurice, *The Visible and the Invisible*, ed. Claude Lefort, trad. Alphonso Lingis, Evanston, Northwestern University Press, 1968, pp. 52-56, pp. 69-71 y 193.

^{*} *Castor*, término coloquial del francés que significa persona activa [N. de T.].

¹³ Bair, Deirdre, *Simone de Beauvoir: A Biography*, Nueva York, Summit, 1990, *passim*. Esta biografía no glorifica en absoluto a De Beauvoir, sino que más bien muestra que esta fue rebajándose hasta convertirse en una patética esclava de Sartre: escribía para él, le encontraba compañeras sexuales y le conseguía drogas ilegales. Le Doeuff realiza observaciones similares. Estos puntos son revisados en Moi, Toril, *Simone de Beauvoir: The Making of an Intellectual Woman*, Oxford, Blackwell, 1994.

¿Cómo pueden historias tan sórdidas hacer que aumente nuestra comprensión de la historia científica y su profesionalización, en especial cuando la profesión acabó permitiendo que las mujeres ingresaran al campo? Si bien este libro explora el desarrollo de la ciencia histórica entendido como la compleja tarea emprendida en el siglo XIX por jóvenes académicos-aventureros, también se preocupa en abordar centralmente términos tales como “superficialidad”, “metáfora” y “mujeres” que supuestamente se volvieron irrelevantes para las técnicas históricas heredadas y para las comunidades científicas que practicaban la nueva historia. Es así que examina las personalidades femeninas y las cuestiones de género que la historiografía generalmente evita.

Por ejemplo, a pesar del impulso de gran parte de las narraciones historiográficas, durante los dos últimos siglos la historia *no* ha sido escrita principalmente por hombres ni tampoco se ha preocupado mayoritariamente por ellos. Las mujeres en Occidente han demostrado un vivo, productivo y creciente interés en esta disciplina, al menos desde finales del siglo XVIII. Sin embargo, sus carreras y reconocimientos han sido diferentes. Por un lado, aunque hacia las postrimerías del siglo XIX algunas inglesas y estadounidenses tenían carreras gratificantes en educación superior, miles de historiadoras siguieron su vocación como amateurs, sin la afiliación institucional de los profesionales varones.¹⁴ Por otro, las mujeres con frecuencia escogían diferentes temas de estudio: la historia de las mujeres, de la vida social y de la baja y la alta cultura. La historia profesional de prestigio basada en una profunda reflexión y asuntos políticos serios era cosa de hombres, mientras que esa suerte de “amateurismo” de las mujeres se dedicaba a una clase de escritura del pasado más “superficial”.

Este libro examina precisamente los relatos ingenuos sobre reinas y famosas damas con el propósito de delinear el lado superficial, litera-

¹⁴ Dado que este libro comenzó como un estudio de mujeres exclusivamente, he recogido información sobre cientos de mujeres cuyos nombres no aparecen aquí. Con mucho gusto la compartiré con quien tenga interés en investigar a esas historiadoras.

rio, trivial y “femenino” del amateurismo. No se trata de rechazar esas caracterizaciones sino más bien de explorar este tipo de producción histórica, tal como existía a comienzos del siglo XIX, antes de ser superada por la práctica científica desarrollada en las universidades. Es arriesgado partir de una rica tradición historiográfica que ubica a los escritores del canon en el centro de la escena, pero es importante tratar desde el comienzo la superficial y trivial relación –si bien apasionada– de las mujeres con la historia. Analizo la condición de amateurs de las mujeres no solo porque su trabajo se volvió sinónimo de lo “chapucero”, sino también porque la conexión entre las amateurs y la profesionalización, lejos de haber sido clara, incluso ha permanecido inexplorada, pese a que el objeto histórico –“el pasado”– es similar tanto para los escritores varones cuanto para las mujeres.¹⁵ Por ejemplo, dado que la escritura amateur sobre historia antecede al profesionalismo, ¿es la práctica de las mujeres la más auténtica y natural, y precede a la creación de la historia como ciencia, con sus copiosas reglas y procedimientos? Constantemente vilipendiada por los universitarios, la escritura amateur del siglo XIX podría adicionalmente ser vista como una clase de impureza eliminada por el profesional, una maraña de falsedades que el profesional desbrozó en orden a encontrar un pasado auténtico y verdades objetivas. Insistimos, ¿el concepto de amateur fue solo el resultado de la profesionalización, es decir, una imitación débil y menos valiosa (“chapucera”) de quienes practicaban la historia de manera científica encarnada por aquellas que no se hallaban a la altura de estos y por consiguiente no podían convertirse en historiadoras profesionales? Si alguna de estas ideas resulta cierta, entonces, ¿cómo funcionaban las producciones “impuras” o “falsas”? Creemos saber qué es la historia superficial y chapucera. No obstante, ¿de veras lo sabemos?

¹⁵ Ni Philippa Levine ni Rosemary Jann tienen en cuenta a las mujeres. Véanse sus excelentes estudios sobre el amateurismo y la especialización en objetos antiguos: Levine, Philippa, *The Amateur and the Professional: Antiquarians, Historians and Archeologists in Victorian England, 1838-1886*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; y Jann, Rosemary, *The Art and Science of Victorian History*, Columbus, Ohio State University Press, 1985.

Dos significados de lo “trivial” y de lo “bajo” animan la discusión. La escritura amateur de algún modo llegó a ser considerada apropiada para las mujeres, mujeres que se ganaban la vida escribiendo para el mercado, por fuera de las más exclusivas instituciones profesionales de la historia. Esta clase de trabajo orientado al mercado fue considerada muy básica por profesionales posteriores, concebida para satisfacer gustos de lectura inferiores, y distinta de las obras de gran calidad de los hombres acomodados no pertenecientes a la academia. Las mujeres, quintaesencia del amateurismo, apuntaban al mercado; en cambio los hombres, profesionales a cabalidad, servían a fines más elevados.¹⁶ La diferencia entre estos términos yuxtapuestos era crucial respecto de la capacidad de los profesionales para conformarse a sí mismos como parte de la estructura de poder de la élite, apartados de las opiniones al uso de la gente común. Pero ¿cómo ocurrió exactamente esto, en qué términos, con qué acciones y reacciones? La historia amateur de las mujeres ha servido como acicate para la profesionalización, si bien aún muy carente de especificidad histórica, al igual que a la historiografía de la profesionalización le ha faltado mucha conciencia de esta interacción. Las vinculaciones de las mujeres con el mercado permitieron el surgimiento de un dominio masculino más trascendente y profesionalizado de la escritura de la historia.

La escritura profesional devino relevante en tiempos de modernización económica y política, con un comienzo lento a mediados del siglo XVIII y una aceleración a mediados del siglo siguiente. Con todo, el amateurismo femenino despegó varias décadas más tarde. A partir de la Revolución francesa y de la Revolución estadounidense, escritoras

¹⁶ Estas cuestiones se ven complicadas por la etimología. El término “amateur” en inglés adquirió su máximo valor a inicios del siglo XIX, cuando el “amateur” era un conocedor de algo (digamos, por ejemplo, del ananás) y entonces muy entendido en ello o era alguien que practicaba una de las artes (aunque no por dinero), mientras que el profesional tenía intereses corporativos más que nacionales, o una identidad religiosa en vez de laica. A medida que el término se fue desarrollando, el profesional se convirtió en alguien que no escribía para el público en general, al tiempo que la mujer amateur dependía del público para su subsistencia.

amateurs como Mercy Otis Warren, Louise de Keralio, Anne-Louise Germaine de Staël, Johanna Schopenhauer, Caroline Pichler y Anna Jameson vivieron en un clima de violento derramamiento de sangre, grave agitación social y creciente discriminación contra las mujeres. Sus perspectivas intelectuales atravesaron un paisaje contemporáneo de horribles heridas y pérdidas masivas en su recorrido hacia el pasado. Si bien muchas amateurs estudiaban manuscritos y otras fuentes archivísticas, un gran número de quienes escribían lo hicieron en un período anterior a que la historia fuese domesticada, volviéndose así una especie de conocimiento profesional, y en una era de nuevos ejércitos masivos e interminable violencia, cuando la vida misma imposibilitaba una objetividad desapasionada en asuntos de la vida social o política. Construida en el marco de una modernidad que se expandía hacia porciones cada vez más extendidas de Occidente, la historia amateur escrita por mujeres solía latir con vívidas descripciones y exaltados sentimientos, era el corazón de lo que había llegado a ser llamado “bajo” y “superficial”.

Aquello que primero fue bautizado como “amateurismo” femenino es sintomático de una relación con el pasado filtrado de manera similar a través del trauma. Los tiempos revolucionarios trajeron un sufrimiento insoportable, y la modernidad resultante condujo a la desorientación. El clima político promovió la igualdad y los derechos universales, pero a la vez se produjeron una creciente denigración de las mujeres y la expropiación de sus derechos.¹⁷ Escrita principalmente por mujeres, que de

ordinario no tenían derecho a conservar sus ganancias, la historia amateur era una expresión compleja de este mundo. Al igual que muchos hombres de su tiempo, también las mujeres escritoras –notoriamente Madame de Staël– veían al pasado como una etapa de triste recordación y de pérdida para ellas como mujeres y, en muchas ocasiones, para la sociedad en su conjunto. El legítimo e intenso sentimiento relacionado con el trabajo de recordar se asocia más a menudo con la experiencia de los hombres en acontecimientos como la Primera Guerra Mundial y el Holocausto.¹⁸ Estamos acostumbrados al trauma que motiva el genio romántico exaltado por el uso de drogas de principios del siglo XIX, así como a los sufrimientos de escritores tales como Baudelaire y Mallarmé en respuesta a las tribulaciones de la modernidad. En el caso de las mujeres, las drogas también ayudaron a alguien como Madame de Staël a negociar con su pasado, y produjeron lo que aquí investigaré como “narcohistoria”. Otras escritoras, ubicadas de modo similar en el campo de los traumas, idearon estrategias diferentes, pero no por eso menos importantes, que produjeron historias muy leídas sobre reinas y mujeres notables, culturas, viajes y vida social, como elementos de una tradición mayor, inexplorada y generizada.

Los principales historiadores han sostenido que la buena historia, incluso analítica, inspira emociones y que, al hacerlo, puede cumplir funciones psicológicas relevantes. Dado que el pasado provee narraciones de hechos violentos ya superados, Hayden White afirma que los lectores (académicos incluidos) pueden dejar que sus fantasías violentas vuelen libremente cuando hacen historia.¹⁹ En un conjunto de observaciones hasta cierto punto diferentes, Dominick LaCapra sostiene que tratar con los acontecimientos traumáticos de manera consciente puede

¹⁷ La interpretación de los traumas que anima este análisis proviene de Brown, Laura S., “Not Outside the Range: One Feminist Perspective on Psychic Trauma”, *American Imago*, vol. 48, No. 1, 1991, pp. 119-133. Según Brown, los psiquiatras han afirmado que las experiencias de las mujeres no pueden ser clasificadas como trauma, porque el incesto, la violación y el abuso general forman parte hasta tal punto de su vida cotidiana que aquellas deberían estar acostumbradas a ello. Las experiencias masculinas (la guerra, por ejemplo) están “fuera del alcance” de la experiencia normal, y entonces constituyen traumas “reales” y “legítimos”. Brown coloca a las minorías raciales y a las mujeres dentro del alcance de los traumas debido a su constante abuso en la sociedad. Sobre escritos histórico-etnográficos de comienzos del siglo XIX producidos por varones afroamericanos, véase Bay, Mia, *The White Image in the Black Mind, African-American Ideas about White People, 1830-1925*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, cap. 2. Dichas obras son escasas; sus autores, circunstanciales y difíciles de hallar.

¹⁸ Ejemplos del modo en que los traumas se conectan con la historia y con acontecimientos históricos, en Roth, Michael S., *The Ironist's Cage; Memory, Trauma, and the Construction of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1995; LaCapra, Dominick, *Representing the Holocaust: History, Memory, Trauma*, Ítaca, Cornell University Press, 1994.

¹⁹ White, Hayden, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987, p. 89.

ayudar a “atravesar” las emociones invalidantes con ellos asociadas.²⁰ Así como estos académicos recientemente han llegado a problematizar nuestra relación con la historia de la guerra y el Holocausto, también podría prestarse atención al trabajo de las amateurs en el contexto de nuevas ideas acerca de la relación entre la cognición, la emoción y la psique. Escritoras incesantes, frecuentemente hasta el punto de la grafomanía, incansables recolectoras de información durante tiempos peligrosos, saturadas de trabajo y explotadas en su aportación a las menguantes economías domésticas, privadas de derechos políticos y de propiedad, las historiadoras produjeron un gran caudal de historias socioculturales y relatos acerca de reinas y mujeres notables. Este recurrente enfoque histórico en temas superficiales requiere investigación epistemológica y psicológica.

Lo que nos ha impedido considerar el trabajo de las amateurs y su relación con el desarrollo intelectual y político de las mujeres ha sido una historiografía que precisamente erradica el amateurismo para contar un singular relato de los grandes logros del profesionalismo. En contraste, entrelazar los trabajos históricos de hombres y mujeres muestra cómo los profesionales construyeron sus estándares de excelencia al diferenciarse ellos mismos de un “otro” considerado bajo, indigno y trivial.²¹ Varias generaciones de jóvenes clasicistas, expertos en latín y griego, formados brutalmente para distinguir los matices de las palabras, echaron los cimientos para una reforma de ese campo. Castigados corporalmente en los colegios por cometer errores en las palabras de clásicos recónditos, los paladines de la profesionalización terminaron por convertir al documento escrito en fetiche, devaluando los objetos y artefactos cotidianos y enfatizando su elevada identidad masculina compartida, como expertos situados por encima de la vida común, al igual que su trabajo estaba por encima de la comprensión de la mente

corriente y por encima de los ordinarios asuntos femeninos. Los “científicos” de la historia establecieron polaridades entre el profesionalismo y el amateurismo, entre la historia política y las trivialidades culturales, entre el espíritu y el cuerpo; polaridades en las cuales el segundo término era siempre inferior al primero.²² Fue en diálogo con el más popular punto de vista amateur —es decir, con la femineidad, la vida cotidiana y la superficialidad que estas conllevan— que la ciencia histórica se conformó como un asunto de importancia nacional, como una verdad universal exenta de género y, en simultáneo, como una disciplina predominantemente para hombres.

Hasta hace poco tiempo, la idea de una verdad universal reflejada por el espejo de la historia sonaba convincente en los círculos anglofonos. Aun así, los historiadores de la ciencia ofrecen pruebas de que las ciencias no solo reflejan de un modo neutral, sino que las prácticas y herramientas (mirarse en el espejo y el propio espejo) ayudan a dar forma a la disciplina, a sus ideas sobre la verdad, a quienes la practican y a sus lectores.²³ Los procedimientos, la conducta profesional y las prácticas académicas han sido definitorios en la creación de profesionales, y nunca tan claramente como en el campo de la historia. Las mujeres escribían sin parar, se las arreglaban con los partos, la familia y las catástrofes políticas y, a la par, negociaban con los editores los términos

²² Scarry, Elaine, *The Body in Pain*, Nueva York, Oxford University Press, 1985; Ong, Walter, *Fighting for Life: Contest, Sexuality, and Consciousness*, Ítaca, Cornell University Press, 1981.

²³ Para una muestra del trabajo que aborda nuevas ideas de pruebas y objetividad en las ciencias y otras disciplinas, véase Megill, Allan (ed.), *Rethinking Objectivity*, Durham, Duke University Press, 1994. Entre los estudios monográficos, Daston, Lorraine, *Classical Probability in the Enlightenment*, Princeton, Princeton University Press, 1988; Shapin, Steven, *The Social History of Truth: Civility and Science in Seventeenth Century England*, Chicago, Chicago University Press, 1994; Latour, Bruno, *Laboratory Life: The Construction of Scientific Facts*, Princeton, Princeton University Press, 1986 [*La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza Universidad, 1995]. Latour, Bruno, *The Pasteurization of France*, trad. Alan Sheridan, Cambridge, Harvard University Press, 1988; Lunbeck, Elizabeth, *The Psychiatric Persuasion: Knowledge, Gender and Power in Modern America*, Princeton, Princeton University Press, 1994; Pickering, Andrew, *The Mangle of Practice: Time, Agency, and Science*, Chicago, University of Chicago Press, 1995. Estos estudios fueron precedidos por las obras de Gaston Bachelard, Robert Merton y, más recientemente, Mary Hesse.

²⁰ LaCapra, D., *Representing the Holocaust*, op. cit., en especial pp. 1-17.

²¹ La discusión se inspira en Stallybrass, Peter y Allon White, *The Politics and Poetics of Transgression*, Ítaca, Cornell University Press, 1986.

contractuales; representaban la historia en *tableaux vivants*, se procuraban una rara variedad de documentos, repositorios e informantes para su investigación e intentaban conseguir que ese material fuese atractivo en libros de viajes y novelas históricas. Los profesionales, por el contrario, se enfocaban en la formación en seminarios y se veían a sí mismos como investigadores de archivos que debían vérselas con documentos auténticos aunque llenos de polvo. Ellos también practicaban la historia de una forma más recoleta en sus hogares, reclutaban a sus madres, esposas, hijas, cuñadas, primas y otras parientes femeninas para que realizaran el trabajo de investigación, archivo, edición e incluso escritura. Todo el crédito era para el autor masculino. Estas obras del profesional individual como el narrador más creíble del pasado, y la concomitante omisión de las contribuciones de sus parientes femeninas y de las amateurs, son otro aspecto de los sesgos masculinos de la ciencia histórica. Habitualmente no se considera al historiador como alguien problemático, es un experto bien formado. En este libro me ocuparé de las conexiones del historiador profesional con las obras pasadas por alto y las narraciones “inferiores”. Al desarrollar este análisis, exploraré la hipótesis de que el profesionalismo es una relación que depende de las voces desacreditadas y de las narrativas subvaloradas.

Nociones tomadas en préstamo de la antropología, la crítica literaria y la filosofía han guiado los estudios contemporáneos para el desarrollo lingüístico y metodológico de la nueva ciencia y profesión de la historia. A partir de Wittgenstein sabemos que el lenguaje y la comprensión están fragmentados en comunidades lingüísticas, y, más recientemente, la filósofa Mary Hesse mostró con gran detalle cómo el pensamiento metafórico ayudó a los científicos a realizar descubrimientos y avanzar en sus carreras. Estas metáforas nutren la formulación de nuevas ideas, al ofrecer un lenguaje en el cual los científicos pueden reconceptualizar problemas o resolver temas.²⁴ El espejo ha sido una

metáfora útil para explicar de qué modo opera la historia, y el género necesariamente estaba involucrado como parte de la definición de los profesionales en contraposición a lo bajo y lo chapucero. Las imágenes de la femineidad y del sexo sorprendentemente sirvieron para hacer que avanzara el trabajo histórico, deshacer nudos históricos e incitar fantasías acerca del pasado. Es así que me detendré particularmente en los modos en los que tanto el lenguaje del cuerpo cuanto la sexualidad se volvieron cruciales para establecer las coherencias-condiciones para los avances en el campo. Incluso términos significativos pero sencillos como “hechos”, “detalles” y “realidad” se hallaban explícitamente entrelazados con el sexo y el género.

Dado que la profesión ha evolucionado sobre un fundamento tan generizado, surgen preguntas respecto de las primeras profesionales que recibieron formación universitaria en Gran Bretaña y en Estados Unidos a partir de la década de 1870. ¿Se desempeñaban como profesionales y por tanto como “hombres”? ¿Pudieron de algún modo desencarnarse a pesar de la personificación colectiva de las mujeres en el período victoriano como “el sexo”? ¿Pudieron evitar la mácula del amateurismo, en especial desde su florecimiento hacia las postrimerías del siglo? La mayoría de estas mujeres permanecieron solteras, desvinculadas de la dependencia personal y financiera que el matrimonio automáticamente traía aparejada y, como consecuencia de ello, debieron continuar con su trabajo sin el amplio apoyo del hogar que ayudó a producir al profesional varón. Simultáneamente, durante la segunda mitad del siglo la historia amateur escrita por mujeres floreció: no solo expandió su rango de literatura de viaje, historia social y relatos culturales, sino que además incorporó nuevos campos tales como el estudio cultural del Renacimiento. Muchos de esos desarrollos han sido interpretados como parte de varias tradiciones nacionales, producto de la ansiedad étnica, el malestar cultural y factores similares. Mi lectura acerca de ellos es diferente: constituyen una continuidad de las representaciones traumáticas de obras tempranas, al tiempo que moldean un género literario distinto. De un modo más dramático, las sufragistas

²⁴ Hesse, Mary, *Revolutions and Reconstructions in the Philosophy of Science*, Bloomington, Indiana University Press, 1980, esp. pp. xvi-xx, 111-124.

y otras feministas, investigadoras sociales y reformistas comenzaron a examinar el pasado para producir relatos de mujeres con una experiencia económica y política menor y registraron el surgimiento de movimientos de cambio.

Este es el relato de la intrigante y aún inexplorada relación de las mujeres profesionales tanto con el amateurismo como con los tropos corporales, las metáforas sexuales y los valores generizados de la ciencia histórica, correlatos de la indagación en archivos que ellas emprendieron y la objetividad que valoraban. ¿Tuvieron las historiadoras profesionales y aquellas con formación académica una mirada profunda o superficial en el espejo de la historia? ¿Su trabajo se vio modulado por el estatus del ámbito privado y sus correspondientes exigencias de decoro y virtud? La narración del desempeño de las mujeres como historiadoras a finales del siglo XIX, en medio del desarrollo de la profesionalización y del feminismo, comenzará a empañar la trama.

Al asumir una identidad maleable y plástica, las historiadoras desempeñaron un papel de tanto valor en el modernismo histórico como el del género en la construcción del modernismo en general. El profesionalismo había supuesto el control del espejo de la historia por parte de los académicos, cuyas prácticas fundantes dependían de la desacreditación del punto de vista histórico de las personas ajenas al campo por ser femenino y por tanto “bajo”. ¿Qué pasaría cuando quienes hacían historia de una manera diferente –incluidas las personas del sexo “inferior” y de las razas “inferiores”, apoyadas en una experiencia profesional considerable– llegasen a cuestionar la historia de un modo evidente? Durante gran parte del siglo XIX, en un tiempo de mínima participación electoral, los temas históricos se concentraban en las élites y en el funcionamiento del gobierno en los niveles más altos. No obstante, en los años previos a la Primera Guerra Mundial, el electorado de hombres blancos se expandió con rapidez en Occidente, mientras el consumismo y los avances en los medios masivos de comunicación aceleraban el desarrollo de la sociedad de masas. El masivo movimiento sufragista, la concomitante derogación de leyes que habían otorgado a los hombres

los salarios y las propiedades de las mujeres y una acelerada caída de la tasa de natalidad constituían desafíos a los modos tradicionales de producir género. Como resultado de estos cambios, el compromiso en relación con ciertos aspectos sagrados de la identidad masculina profesional se deshizo. Redefiniéndose a sí mismos, historiadores tan dispares entre sí como Benedetto Croce, Karl Lamprecht, Johan Huizinga, Henry Adams y Henri Berr expandieron su rango de intereses para incluir la historia de la cultura, la vida económica y un compromiso con la “síntesis” y la “estética” en vez de hechos y detalles. Sus trabajos se volvieron modernistas, pero no menos sexualizados y generizados que los escritos en épocas anteriores, incluso pese a que cuestionaron la centralidad de los hechos, la investigación de archivo y la historia política de élites. Contribuyeron a construir la figura moderna de historiador, volviéndola más visible en el espejo de la historia.

Las historiadoras no se desempeñaron de forma diferente, a su vez convirtiéndose también ellas en modernistas. Los críticos literarios han percibido en las metáforas y las preocupaciones modernistas tanto una definición como una indistinción de género, hechos que ofrecieron la posibilidad de que las prácticas se equipararan más en los planos literarios, sociales y profesionales.²⁵ Las mujeres, de acuerdo a esos académicos, son emblemáticas de un modo que es más liberador que aquel ofrecido por los conceptos victorianos de esferas separadas. La tecnología, el primitivismo, la parodia y otros aspectos del modernismo dieron lugar a aperturas que las académicas aprovecharon, con diversos grados de éxito. Lucy Maynard Salmon, Eileen Power, Jane Ellen Harrison y Mary Beard fueron historiadoras sin igual, pero todas produjeron historia y se construyeron a sí mismas como figuras históricas que constituyen un elemento hasta ahora descuidado del modernismo de nuestra profesión.

²⁵ Felski, Rita, *The Gender of Modernity*, Cambridge, Harvard University Press, 1995; DeKoven, Marianne, *Rich and Strange: Gender, History, Modernism*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

Si bien los estudios de historia en cuanto profesión suelen seguir las fantasías de la partogénesis historiográfica masculina, de un tema exclusivamente masculino de verdad histórica, y de la importancia de los procedimientos y tópicos definidos por los varones, este libro explora prácticas múltiples, impulsos, conocimientos y temas que hombres y mujeres han creado interactivamente a partir de una alteridad socialmente construida y conscientemente expresada.²⁶ Examina cómo, entre 1800 y 1940, ellos y ellas lucharon por las definiciones de significancia histórica; cómo de diferentes formas imaginaron temas y sentidos históricos; y cómo produjeron sus identidades académicas a partir de prácticas históricas y de la repetición de las reglas históricas. No hubo “uno” sin la “otra”. Sin embargo, a pesar de la conflictiva centralidad del género y del “singular” relato de la historiografía y de la realidad histórica, el avance profesional perdura y continúa siendo un elemento básico para la mayoría de nosotros. Es hora de que haya una versión de la historiografía que reconozca el género, una versión que nos permitirá renovar nuestro espejo sobre el pasado.

²⁶ Un modelo es Davis, Natalie Zemon, “History’s Two Bodies”, *America Historical Review*, vol. 93, N° 1, febrero de 1988, pp. 1-30.

1. La ruta narcótica hacia el pasado

La historiografía se cristaliza en torno a la figura del historiador y de su trabajo, delineando un conjunto característico de sus temas, estrategias y descubrimientos. El propio historiador actúa como un héroe intelectual, cuyo carácter unívoco ha sido expurgado de todo componente contradictorio o ambiguo. Las virtudes de tal presentación son innumerables y nos permiten la identificación con un gran personaje, encontrar coherencia en enormes cantidades de textos e imaginar de manera muy vívida que nos hallamos intelectualmente inspirados para innovar por nuestra propia cuenta. Sin embargo, la historia escrita por mujeres y acerca de ellas ha puesto en tela de juicio el enfoque centrado en las “destacadas”^{*} por ser inmaduro y elitista, y estas críticas, dada su importancia, han de ser tenidas en cuenta.¹ Puesto que precisamente una de esas “destacadas” –Germaine de Staël– tiene un sitio tan destacado en la imaginación historiográfica norteamericana y europea, parece esencial ocuparse de ella y, al hacerlo, introducir la delimitación historiográfica, biográfica y “destacada” de nuestra ciencia.

^{*} Esta es la primera aparición del término “worthies”, forma sustantivada de *female worthies* o *women worthies*, en plural; en singular es *woman worthy*. Estas aparecerán a lo largo de todo el libro. Hemos optado por traducir de manera estable como “las destacada/s” o “mujer/es destacada/s”, por tratarse de un concepto fijado en la historiografía anglosajona ya desde la Edad Media como *female worthies* –referido principalmente a reinas, santas y otros personajes de relevancia histórica–, y en siglo xx como *women worthies*, para designar a aquellas mujeres que se destacaban en las artes, la ciencia, la escritura [N. de T.].

¹ Véase Scott, Joan Wallach, “Women in History: The Modern Period”, *Past and Present*, N° 101, 1983, pp. 141-157.